

ESPIRITUALIDAD DE LA VIDA DE TODOS LOS DIAS

Esteban Gumucio U., ss.cc.

Religioso de los Sagrados Corazones. Animador habitual de encuentros de tercera edad

Los santos anónimos andan por nuestras calles y casas sin saber que son santos. Gracias a Dios es así. De lo contrario, se tornarían presuntuosos y antipáticos.

Ellos y ellas se comunican con Dios confiadamente. Es como si sus vidas en lo cotidiano estuviesen sintonizadas con Él en una discreta conciencia habitual de que Él es el Señor de la vida. El don del Espíritu Santo les permite ir aceptando interiormente sus personas con todo lo que son con esa pequeña cuota diaria de pena y gozo, de dones y limitaciones. La historia sencilla de los días y los años se convierte en historia sagrada: microhistoria, que, cual punto de encaje, va tejiendo la respuesta de la humanidad a la presencia del Reino.

Estos santos y santas de todos los días suelen cantar en la ducha -cuando sus casas les permiten esa comodidad. Van a comprar el pan de cada día llevando un saco de plástico y conversando unos minutos con el almacenero para comentar las vicisitudes del tiempo y las últimas calamidades que comunica la radio o la tele.

La “Espiritualidad” de Religiosos, Religiosas y Laicos comienza con algo tan simple como es la levantada. La fuerza del amor renuncia a ese saldo de sueño pendiente, para salir a asumir la responsabilidad diaria. Hay que llegar a tiempo al trabajo, a la oración, a la tarea, a la misión. Así lo hicieron Jesús, María y José, en los treinta años de su vida oculta en Nazaret. Los padres de familia preparan a sus hijos pequeños para la diaria peregrinación a la escuela. El Espíritu Santo se sienta también a la mesa del desayuno e inspira la secreta acción de gracias de la familia que le agradece a Dios, tan bueno, el pan con margarina y la leche caliente que tantos otros niños no tienen... El pan de la mañana huele a vida nueva.

Los Religiosos y Religiosas generalmente comenzamos nuestro día con la Oración hecha en comunidad. Rezamos los Laudes y buscamos un tiempo para dedicarlo en exclusiva al encuentro íntimo con el Señor en trato de amistad. La realidad de nuestra vida pastoral y la endémica falta de tiempo hacen de esta ocupación tan simple, como la levantada a tiempo y la oración comunitaria, una pequeña proeza diaria, que solo el amor puede hacer perseverante. Los que vivimos en barrios populares tenemos el estímulo que nos dan los centenares de trabajadores vecinos que, pase lo que pase, han de correr cada mañana a coger el bus para cumplir con su trabajo.

Yo creo que la amistad de Dios se va haciendo cada vez más íntima con toda persona que cree sencillamente en su presencia a través de lo cotidiano. Esa misteriosa amistad brota de la Encarnación del Verbo de Dios; se parece a las fogatas campesinas: se alimenta el fuego con palos secos y hojarasca.

Confieso que, en verdad, son palos y hojas secas la mayor parte del tiempo de silencio que procuro dedicar a la oración, pero estoy convencido de que la gracia de Dios va

sedimentando esa Ceniza de todos los días. La va convirtiendo en tierra que abona el sentido de cada paso de la vida activa. No importa no saber, cómo se las arregla Dios; basta con la experiencia de consuelo y fortaleza que El regala, simplemente porque sí, porque es misericordioso y “trabaja siempre”.

Imagino que Dios me dice: “Mira a la Sra. N.N.: cuánto amor lleva en su corazón. Apenas si alcanza a administrar su oración oficial con unos cuantos “Padre Nuestros” y “Ave Marías” y, sin embargo, mi Espíritu Santo canta en ella y suspira con una súplica del alma, como no he oído de parte de muchos sacerdotes, teólogos y monjas. Mira, ayer no más le hablaba a una flor de su pequeñísimo jardín y le decía: “tienes que crecer bella, mira que Dios te ha sembrado por mi mano”... Ella habla conmigo como con un amigo cuando barre la vereda, cuando sale a visitar enfermos y vuelve a preparar la merienda de los hijos. A veces se queda dormida en las tardes, rezando el Rosario, cansada de lavar ropa propia y ajena. Yo velo su sueño y hago mío su cansancio. No la dejaré sola en sus trabajos y tribulaciones”.

Lo que me encanta de esos corazones sencillos es que no se espantan de las flaquezas de los demás; buscan a Dios en forma serena, sin identificarlo con las leyes, preceptos y ritos. Cumplen su voluntad, sabiendo que el único y verdadero Dios es el que siempre toma la iniciativa, el que siempre nos va precediendo en el amor. Sin ser teólogos o teólogas de oficio, saben, con el sabor de las cosas reales de todos los días, que es más bien Dios el que busca al hombre antes que hubiere puesto los pies en el inicio del camino. Por eso, ellos y ellas viven admirando las cosas buenas de la vida, celebrando esa especie de parentesco de hijos pródigos, a quienes se les concede gratuitamente ser el centro de la fiesta de Dios.

Los santos de todos los días no rehúyen el mundo, sino que calladamente lo cambian, porque veneran a Dios con sus vidas llenas de sentido, florecidas en amor de consecuencias humanas. Pienso en esas madres de familia o religiosas dedicadas al servicio de los niños, están entregando a la atmósfera moral de este mundo un caudal de ternura muy práctica al formar corazones de niños que se sienten amados. Pienso en ese amigo profesional que dedica fielmente dos días de su semana a visitar enfermos en el hospital de infecciosos, o ese empresario admirable, tan consecuente con los valores de justicia y equidad, que ha logrado compartir la vida de sus trabajadores en las buenas y en las malas; o aquel otro que, como Zaqueo, da la mitad de sus bienes a los más pobres y se esmera en su trabajo codo a codo con sus trabajadores y empleados.

Particularmente entre los más pobres, cuántas personas se muestran acogedoras con el que sufre. El tema que les acompaña en la vida es “que donde comen dos, pueden también comer tres”. Los he visto compartir la casa y la familia, como aquella familia vecina que recogió a un anciano. Él estaba sentado en la vereda: había olvidado su nombre, su dirección. No sabía hacia dónde se dirigía. Carecía de memoria y documentos. La vecina, madre de cinco hijos, se lo llevó a su casa, lo bañó y le consiguió ropa limpia. Uno de los niños le cedió su cama. El anciano vivió 15 años en calidad de “tata” de esa familia. A mí me correspondió celebrar un “responso” cuando el anciano falleció. Era conmovedor contemplar el cariño con que esa familia despidió al “abuelito” y lo lloró como se llora a un pariente cercano.

Cada día, en cada acontecimiento grande o pequeño, el Señor viene caminando con su pueblo. Hacemos bien cuando tratamos de recoger esa miel de su bondad. Necesitamos recogerla en una oración de comunión que desborde el silencio de nuestras propias pequeñas capillas religiosas. Cada uno tendría que decirse: yo soy uno o una de ese pueblo caminante; todo el amor de los hombres sube al corazón de Dios y todo el misterio del amor de Dios se

encarna en ese amor humano: somos mirados por los ojos de ternura de Jesús, Hermano, Maestro, Señor. Me he de levantar a cumplir mi parte de responsabilidad en la empresa del amor de Dios en el mundo. Mi trabajo de “consagrado” me urge a la oración de cada día. Es tan fácil postergarla y omitirla; yo no marco tarjeta. No quiero hacer oración, porque toca, sino porque amo. Quiero ir a mi Señor como va cada uno de mis hermanos laicos a su acostumbrado trabajo, para su necesario pan. No tengo derecho a ser blando conmigo mismo cuando veo lo duro de la tarea de los transportistas, de los obreros de construcción, de la dueña de casa con sus hijos, de los feriantes, de los carabineros, etc... A menudo, la oración es dura y el trabajo pastoral, árido. Hay que empezar de nuevo cada día a descubrir el “Padre Nuestro” y el “pan nuestro”.

A veces, también ellos y ellas experimentan la soledad y el vacío, tan propios de la humanidad de estos tiempos, pero saben, de una ciencia callada, que Jesucristo es fiel y nunca falta, aunque no perciban el sabor de su presencia. El secreto de su paciencia es que ni culpan a Dios, ni tienen miedo de su presencia. Paso a paso van descubriendo que el amor les hace salir de sí mismos y se apegan a Dios, a oscuras, con el corazón entero. Ellos mismos no comprenden cómo, ocupados en las cosas diarias de la vida, con sequedad y oscuridad, son atraídos por Dios que les sobrepasa y siguen caminando cuidadosamente por el “camino”. Son viajeros permanentes en el amor de Jesucristo y saben mucho de Él, no por un saber de la cabeza solamente, sino por un conocimiento parecido al del manejo de las cosas de todos los días, como se toma la escoba, como se amasa el pan, como se maneja una bicicleta o un automóvil. Tienen la práctica habitual de ser amados por el Padre de Nuestro Señor Jesucristo; y estas cosas del amor solo se saben por experiencia y no necesitan explicación.

Cuando el sufrimiento, las enfermedades y las desgracias aparecen en el camino, los he visto llorar y sentir la tentación de la desesperanza; pero pronto, con la fuerza del Espíritu Santo, se levantan en silencio y prosiguen el camino acostumbrado, la mano en la mano del Señor, mansamente. Más allá del horizonte de sus penas, está la Cruz de Jesucristo. Se ponen junto al Crucificado y allí adoran al Dios que se hace tan cercano en el dolor.

A ninguno el Señor priva del don de su Espíritu Santo para encontrar una pequeña ración de belleza. La encuentra tal vez en el encanto de los niños; tal vez en el silencio de la Biblioteca, en un libro que le trae el esplendor de una verdad o de una palabra bien asimilada y bien escrita. La encuentra tal vez en un rincón de naturaleza, o en la conversación de un amigo, o en esos momentos profundamente humanos que florecen en el secreto de una confidencia, en el llanto o en la risa de felicidad del otro que viene hacia ti, porque tú le manifiestas a Jesús; o en la alegría clamorosa de la “feria” callejera, donde los pobres tienen su Wall Street o su bolsa de comercio...

Yo creo que también la ancianidad tiene su belleza y nosotros religiosos y religiosas estamos particularmente invitados a vivirla en su afán de cada día. La ancianidad llega, corriendo y volando, a producir grandes cambios en nuestra existencia. El filamento invisible que ha unificado y ligado nuestra historia personal nos permite asumir la vejez con el dinamismo de la esperanza y aun de la alegría. Nuestra santificación pasa concretamente por pequeñas realidades que tenemos que aceptar, asumir, disfrutar, soportar, desarrollar. Día a día el llamado del Señor nos mueve a agradecer el don de la Fe que le da sentido pleno a la vida, fisiológicamente disminuida, pero no por eso menos favorecida por el Señor. La vida que llevamos los viejos sobre nuestros hombros es la que está llamada a ser victoriosa. Estamos jugando los descuentos de un partido que, si queremos, culmina con la victoria del Señor. No me considero un Zamorano o un Salas de Dios, pero sí creo que Él me tiene como

jugador de esta selección. Yo no lo elegí a Él, sino que Él me eligió a mí. Me siento feliz de correr y poder dar mi aporte. Es mi pequeño aporte de trabajo pastoral, ayudando en la predicación o en la visita a enfermos, o acogiendo a la gente para escuchar sus confidencias y problemas. A través de largos años, he aprendido a “escuchar” y a animar a otros. Es una tarea para la cual la ancianidad puede ser muy servicial. Hay pequeños servicios de comunidad, que van desde el uso de la escoba hasta la hospitalidad con las visitas. En la comunidad religiosa, yo creo que nuestros hermanos o hermanas más jóvenes tienen el derecho de contar con nosotros, con nuestra amistad y nuestra oración. Necesitan vernos alegres y no personas sumidas en sus enfermedades, quejas, malhumoradas con un mundo que no aceptan. Nuestro mejor testimonio es la obediencia activa ante los cambios que la Vida Religiosa y la Iglesia toda tiene que ir haciendo para llegar a ser palabra viva para el mundo de hoy y de mañana.

Todos los días tratamos de orar al estilo que nos trazó Jesús en la oración del “Padre Nuestro”... Ojalá, con la gracia del Espíritu Santo, podamos pedir como lo hace el Corazón de Jesucristo, ese “pan nuestro de cada día”... Es la gracia del amor del Padre el principal pan de cada día. El pan del cuerpo lo hace el panadero, depende del esfuerzo humano. Pero el pan de la vida, el pan que nos hace valorar los pequeños pasos, los vencimientos y aperturas de cada hora, ese sí que es el pan de Dios, amasado en el corazón de su Hijo. ¡Dánoslo hoy, para hoy, que mañana será otro día!